



EL ENAMORADO

Entre los innumerables seres que en sociedad se apartan en algun modo de lo convenido y lo corriente, mereciendo por ello el nombre genérico de *tipos*, uno de los que ofrecen mayor variedad, mas detalles curiosos y mas raras contradicciones, es sin duda el que sirve de epigrafe á este articulo, y cuyo retrato me propongo bosquejar hoy.

Dicho se está que existiendo mi protagonista donde quiera que el capricho ó la necesidad del hombre lo han inducido á establecerse, no he de ir á buscarlo á las cinco partes del mundo, ni mucho menos á estudiar las infinitas categorías en que puede dividirse, por lo que me contraeré á presentarlo bajo el aspecto mas generalizado que entre nosotros suele afectar.

Mi enamorado no será, pues, ni rico ni pobre, porque éste no tiene tiempo de hacer el amor y aquel prefiere, con Napoleon, comprarlo hecho: además, el matrimonio, legítima aspiración y digno remate de las relaciones de amor, es entre nuestros ricos y aristócratas, exactamente igual al de los aristócratas y ricos de todos los demás países civilizados, perdiendo por lo tanto su carácter de nacionalidad: sus enlaces son la reunion de varios títulos en una descendencia, ó la formacion de una cuenta de banca en participación.

El pobre, por su parte, busca una persona que le aderezze la comida y se la lleve á donde él trabaja: busca quien le lave la ropa blanca y le limpie la habitacion: necesita, en fin, una muger que le ponga á la ropa los botones que le faltan y le quite los ojaes que le sobran, y en este sentido, acepta la coyunda con todas sus consecuencias, mucho más cuando la cónyuge suele llevarle un capital de brazos igual al suyo.

El verdadero sacrificio de amor reside, por tanto, en la clase en que ambos llevan por dote el dinero de los pobres y las necesidades de los ricos, y en consecuencia, á ellos me referiré mas principalmente.

Dependiente ó empleado en una oficina de cualquier género, vé nuestro jóven que ni los números ni sus amigos son suficientes á satisfacer cierto deseo que nota en sí mismo, del que al principio no se dá una cuenta precisa, pero que poco á poco vá haciéndose mas sensible y apremiante, hasta que una mirada, una frase ó la sonrisa de una jóven bella,—ó que á él se lo parece—le hace comprender lo que necesita.

Desde aquel momento se dedica á conseguirlo, y para ello no perdona medio, si bien estos suelen variar con el carácter y, mas aun, la educacion del individuo.

Lo primero que generalmente se le ocurre para ponerse en comunicacion con la dueña de sus pensamientos, es escribirle un billete y entregárselo por conducto de la criada, previo un pequeño regalo á ésta; pero antes de dar semejante paso, reflexiona y comprende que es algo comprometido, pues aun suponiendo que llegué á manos de su adorada, sin tropezar en las investigadoras de una madre ó hasta las severas de un padre, lo que indudablemente complicaría un poco el asunto, toca el probable inconveniente de que su misiva sea leida por las amigas ó vecinas de la Dulcinea, con beneplácito de ésta, las que no dejarían de burlarse grandemente del autor del billetito, de su estilo y hasta de su cuarta generacion, por mas que interiormente sintieran con toda su alma no ser ellas las protagonistas de semejante aventura.

Opta, pues, por esperar una propicia ocasion en que declarar su atrevido pensamiento, y á este dedica la mayor parte del trabajo de su imaginación.

Vá á teatros y á paseos, y aunque algunas veces encuentra en ellos á la señora de sus pensamientos, como es-

to no es ciertamente bastante motivo para acercársele, tiene que contentarse con ver que otros la hablan y la obsequian...

Excusado parece añadir que está en el periodo álgido de las ilusiones: ama la soledad y se extasia pensando que la casualidad pudiera proporcionarle la ocasion de salvar á su amada de algun grave peligro aun á costa de su existencia: escribe varios sonetos ¡¡Á ELLA!!! en los que á fuerza de admiraciones y puntos suspensivos quiere manifestar toda la intencion que falta en sus conceptos: adora á Victor Hugo, desprecia á Champfort, y embrolla de tal manera los apuntes encomendados á su cargo, que el gefe le anuncia una despedida.

Así continúa algun tiempo, hasta que el dios de los enamorados hace que una señora conocida de nuestro galán, se proponga festejar un acontecimiento cualquiera de familia, con cuyo motivo abrirá sus salones.

El enamorado es feliz, porque tiene la seguridad de encontrar en ellos á su dama, visita tambien de la casa.

Desde entonces se prepara á hacer una buena presentacion de su figura, con cuyo objeto se manda hacer pantalones y botillos, sin olvidar comprarse corbata, guantes y cuanto cree que puede contribuir al espresado objeto, si bien estas precauciones no le libran de los disgustos que á última hora se le proporcionan. El sastre le envia los pantalones escensivamente cortos. El zapatero entrega así mismo su obra, que por cierto es muy bonita, pero que lejos de disimular las prominencias laterales de sus piés, las pone mas de relieve, tritúrándolas hasta lo sumo.

Pero todo ello no es, sin embargo, obstáculo para que continúe su tocado, llevando su deseo de agradar hasta el extremo de rizarse el cabello con unas tenazas compradas *ad hoc*, que es cuanto puede decirse de un hombre, y aunque se queme un tanto el cuero cabelludo, lo dá por bien empleado con tal de que su cabeza vaya bonita, ya que no pueda llevar una buena cabeza.

Su *toilette* se prolonga todavia hora y media más, hasta que con unas gotitas de *miel inglesa* ó *cuero de Rusia* en el pañuelo y las manos, la dá por terminada y se lanza á la calle.

Llega á la casa indicada y, antes de entrar en los salones, experimenta una emocion tal, que difícilmente consigue dominarla: trata, sin embargo, de hacerlo: se cerciora de que el nudo de la corbata está en su sitio: se pasa la mano por entre los cabellos, y entra.

Poco le importa la concurrencia que pueda haber: sus ojos no buscan mas que una persona, y tanto se dedica á encontrarla y tan absorto queda cuando la vé, que olvida saludar á la señora de la casa, lo que no deja de llamar la atencion de aquella pequeña sociedad, no faltando una soltera que lo haga observar á la jóven que está á su lado, comentándolo con un chiste que hace prorumpir á las dos en una impertinente carcajada: el jóven que, en presencia de su adorado tormento, empieza á turbarse, sufre horriblemente con aquella risa que desde luego se aplica; pero comprendiendo al fin lo que la motiva, trata de enmendar su error y se precipita hácia las señoras con tal ímpetu que pisa á una, mete sus manos por los ojos de otra y planta ambos piés sobre el vestido de la que saluda: las risas acrecen con este motivo y el pobre muchacho, que ya no oye nada ni vé á nadie, busca una silla para sentarse; pero la mala suerte que lo persigue, le impide ver las escasas proporciones de aquella, por lo que perdiendo el equilibrio, casi cae desplomado, lo cual, despues de todo, no hubiera tenido nada de particular, si los gritos del niño de la casa no hubieran llevado la alarma á todas aquellas buenas

gentes: el angelito se encuentra, nada menos que entre el asiento de la silla y el del caballero, de donde lo extraen lastimosamente magullado.

Renuncio á pintar la confusion que produce este incidente: las señoras gritan, los niños se asustan y los hombres se rien; pero sobre todo, es de notar la angustia de la madre que corre desolada en ayuda de su hijo y al verlo en tan triste situacion, se sobrecoje de tan santo ardor, que no puede contenerse y la emprende á puñadas con el desdichado galan.

Este aparenta tomarlo á broma, pero en su interior pide al Altísimo, con todas las veras de su alma, que lo libre de aquella fiera que lo tritura y de aquella situacion que lo anonada.

Siéntase al fin: la calma empieza á restablecerse y nuestro enamorado ya solo piensa en buscar una ocasion para hablar á su dama, preparando una frase que, sin ser vulgar, dé margen á la conversacion que tanto ansia; pero ya se han presentado varias de las primeras cuando aun no ha aparecido ninguna de las segundas: no obstante, como de desperdiciar aquella noche, no sería fácil encontrar nuevas ocasiones para conseguir su objeto, hace un esfuerzo sobre sí mismo y se acerca á su adorada: una vez allí pone en prensa la imaginacion para lucir sus mas discretas frases; pero triste es decirlo! en aquel momento no encuentra las ideas verdaderamente felices que se le ocurren cuando habla con personas que le son indiferentes, lo cual se explica muy bien por no hallarse en la libre y completa posesion de sus facultades intelectuales, sino que por el contrario, las oprime, las violenta y con esto solo consigue decir una porcion de vulgaridades: gracias á que la jóven se halla poseida de idénticas emociones y por endé, no se encuentra tampoco en disposicion de apreciar la elocuencia de aquel jóven, que la hace experimentar por vez primera las fermentadoras emociones del amor,—con lo cual se dá por satisfecha.

La *soirée* toca á su fin y nuestra pareja se despide, dándose cita para la noche del dia siguiente.

Pero impacientes como buenos enamorados, se asoma ella por la tarde á su balcon y enreda la hebra con las vecinas, que irremisiblemente le dan bromas con el «moro que hay en campaña»; y él por su parte no deja de pasar, siquiera sea solamente por tener el inesplicable placer de verla una vez más.

Entra campante en la calle: toma la acera de su amada, si la calle es ancha ó la opuesta en caso contrario: la dirige desde luego una ardiente mirada y preparando la mas amable de sus sonrisas, alza el brazo, se quita el sombrero, saluda á uno y otro lado y dá tal tropezon en una loza levantada que, todo descompuesto, cae y besa el pavimento contra el torrente de su voluntad.

Si se hubiese desprendido un pedazo de firmamento, aplastándolo en su caída, no hubiera sufrido mas; pero en tan duro trance no le queda otro recurso que levantarse, rojo como la grana, acompañado de las risas de aquellas malditas vecinas, y sin contestar á las sátiras que le dirigen algunos transeuntes, alza la cabeza, se limpia un poco el lodo que lo cubre casi por completo y aparentando una serenidad que está muy lejos de sentir desaparece renegando de su mala estrella y prometiéndose á sí mismo no volver á pasar por aquella calle.

Sin embargo, su amor es antes que todo, y siendo aquella la primera, no puede faltar á una cita en la que vá por fin á desahogar su corazon.

En esta entrevista, que de seguro tiene lugar en la ventana de la sala baja, se expresa ya con mas facilidad y amplitud, no solo porque no teme la critica de los que pudieran oírlo, sino porque ella lo anima tambien cuanto puede: así es que su felicidad solo se vé turbada de tiempo en tiempo por el desagradable recuerdo de lo ocurrido aquella tarde. En su alegría lo dá, sin embargo, todo de barato, al ver

sus afanes premiados y recompensados con un dulcísimo *si* que estremece de felicidad toda su economia; ya en posesion del tesoro de amor que tanto anhelaba su alma, todo marcha en las sucesivas noches á satisfaccion de ambos, salvo los pequeños disgustos que les proporcionan la mala intencion de alguno que, fingiéndose borracho, se deja caer sobre el galan y lo incrusta en la ventana, ó la travesura de un pilluelo que, sin ser sentido, lo adorna con un *alárgalo* que escita la hilaridad de los transeuntes.

No haremos referencia á los que se hablan desde el balcon á la calle: esto no tiene razon de ser, porque además de perder uno de los principales atractivos de estas conversaciones,—el misterio—se originan constantemente entretenidísimos diálogos semejantes á este:

Ambos estan callados y uno cualquiera que se cree aludido, pregunta

—Eh?...

—Qué dices? contesta el otro.

—Qué?...

—No te entiendo...

—Me hablas?

—Pero, qué dices?...

—Cómo?...

—Qué?...

Después de tan sabrosa plática, no es extraño que la dama caiga rendida en una butaca, presa de un violento ataque de nervios y el galan se marche á su casa para ponerse una enjundia de gallina en el cuello.

En vista, pues, de tantos malos ratos como nos hace pasar esa pícara mitad de nuestro género, se comprende perfectamente que halla habido muchos grandes hombres y sábios filósofos que execren sin piedad á las mujeres: yo tambien las aborrecería de muerte, si nó fuera porque me gustan tanto....

FÁBIO.

X.

II

No sé por qué me disgustó tanto aquello.

O mejor dicho, sí lo sé. Era la primera vez después de un año que á Ernesto se le ocurría pasar la velada fuera de casa.

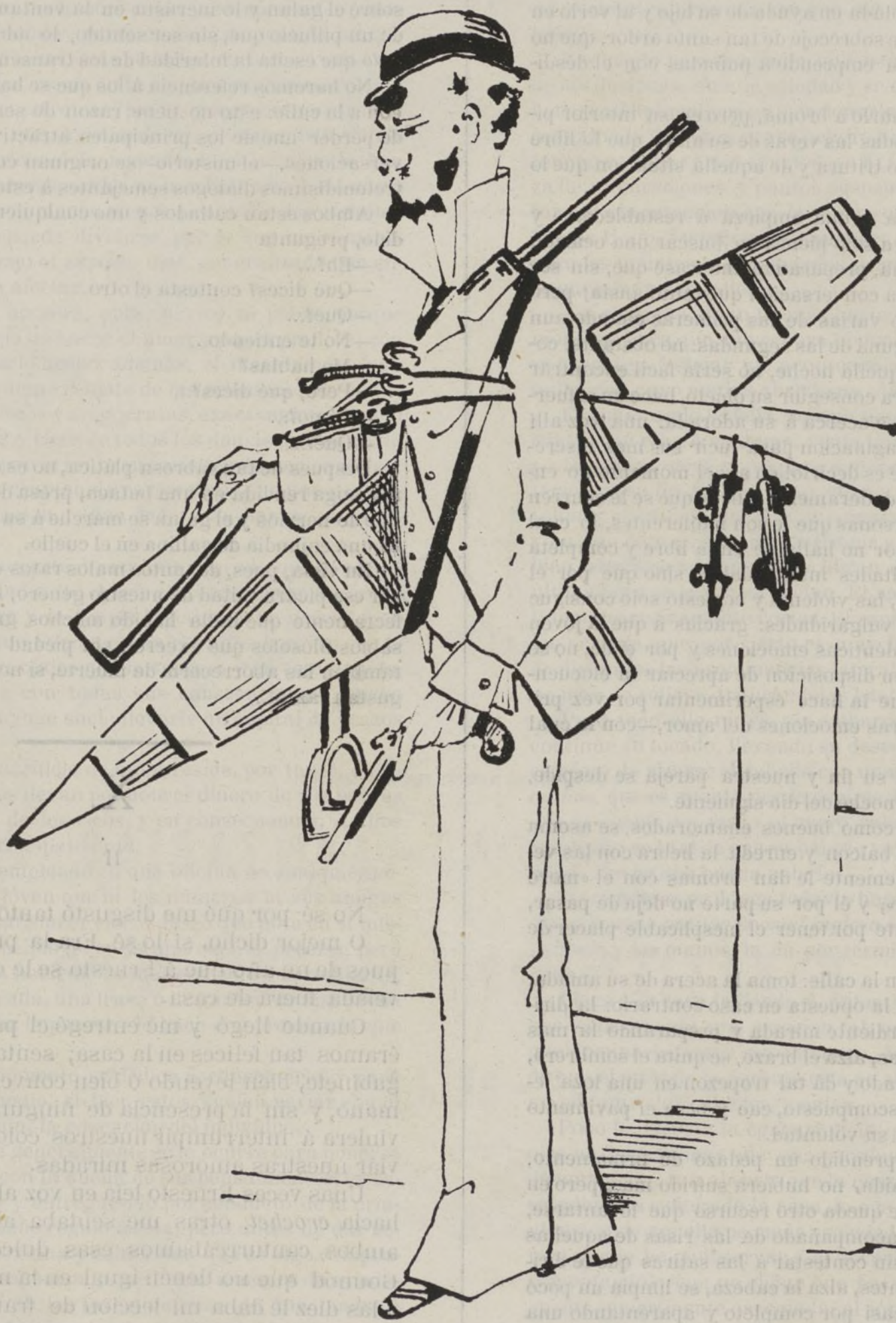
Cuando llegó y me entregó el palco, sentí pena: éramos tan felices en la casa; sentados en nuestro gabinete, bien leyendo ó bien conversando mano á mano, y sin la presencia de ningun importuno que viniera á interrumpir nuestros coloquios ni á desviar nuestras amorosas miradas.

Unas veces Ernesto leía en voz alta, mientras yo hacia *crochet*; otras me sentaba al piano, y entre ambos canturreábamos esas dulces melodias de Gounod que no tienen igual en la música francesa: á las diez le daba mi leccion de francés, que tenia empeño en que yo supiera, y á las once tomábamos el thé.

Nuestra vida se deslizaba tranquila; sin emociones, es verdad, pero sin disgustos.

Nos amábamos tanto, que nuestra mútua compañía nos bastaba, y las horas corrian breves sin dejar la menor huella ni el mas leve recuerdo, porque las horas felices no se graban en la mente: se suceden unas á otras, siendo todas igualmente tranquilas, y de aquí que ninguna nos deje un recuerdo determinado, mientras que los grandes dolores tienen el triste privilegio de enclavarse para

LICEO DE MÁLAGA



Equipo adoptado por los socios del Sport.

CLUB DE REGATAS



Primera reunion.—No hubo acuerdo.

siempre en el alma, dejándonos un amargo recuerdo que difícilmente se extingue.

Por eso aquel día no se borrará jamás de mi memoria: se me había ocurrido la idea de que mi marido necesitara otras distracciones que las que le ofrecía el hogar, y cuando me presentó el palco me quedé mas fría que la nieve.

Bien quiso ocultar su pensamiento con el deseo de conocer el *Rienzi*; mas aun, de que yo le conociese: inútil fué que una vez y otra insistiera en demostrarme su galantería tratando de hacerme creer que lo hacía por mí y que debía estarle agradecida, porque un palco en el teatro Real la noche del estreno de una ópera, y de una ópera como el *Rienzi*, era un acontecimiento en Madrid.

Sin embargo, ni una palabra, ni la mas leve reconvención salió de mis labios.

Si como yo pensaba, había acertado y Ernesto no encontraba suficiente distracción en el hogar, de nada servirían mis quejas: lo mejor era acceder á sus deseos y mostrarme risueña y satisfecha. Quizá él me lo agradecería desde el fondo de su alma y apreciara mi sacrificio.

Tampoco quise mostrarme muy agradecida: temí que pudiera creer que yo me alegraba de ir al teatro, prefiriendo la audición de una ópera á las poéticas melodías que yo arrancaba á mi piano.

Así que me limité á decir que había hecho muy bien, y me apresuré á vestirme antes de comer para no estar luego en retardo.

Cuando nos sirvieron el café, le dije á Ernesto:

—Despacha, que se nos hace tarde

—Quieres que rompamos el palco? me dijo Ernesto cogiéndome una mano y besándomela con dulzura.

—Romperlo, y por qué? le pregunté.

—Para que nos quedemos en casa como otras noches.

—No, le dije, vamos al Real, tiempo tenemos de quedarnos en casa.

Pero al replicarle así, acudió una lágrima á mis ojos, porque aquellas palabras me demostraron el intenso cariño de mi esposo: el pobre sentía remordimiento.

—Mira, siéntate al piano, me dijo, y toca algo de Gounod; aquí, esta melodía, *Medjée*.

Y fascinada por su emocionado acento me dejé caer sobre el taburete, mis dedos se posaron sobre el teclado, y brotó una armonía.

Ah! tu doutes que je t' aime
quand je meurs de t' aimer,

cantó Ernesto, con voz conmovida, y sentí una lágrima en mi cuello.

Entonces me volví hacia él, que acababa de arrodillarse ante mí, y le eché mis brazos al cuello exclamando:

—Bendito seas!

—Me amas, Maria?

—Si, Ernesto: te adoro.

—Y me perdonas?

—De qué puedo perdonarte yó, esposo mio. No soy tu esclava? Que podrás tú hacer en el mundo que no lo encuentre yo bien hecho?

—Pues bien, ángel mio, me dijo, quedémonos en casa.

—Nada menos que eso, le dije sonriendo; se ha gastado usted un dineral en un palco, y hay que aprovecharlo. Pues no faltaba mas, seor derrochador, que tirar el dinero por la ventana, y hacer vestir á su mugercita para dejarla luego en casa. Vámonos al Real, el carruaje está en la puerta y los caballos se hielan.

Y cogiendo el paletot y el sombrero, le hice que se abrigara bien; me envolví despues en mi *pelisse*, y subiendo al carruaje que nos esperaba, arrancamos al trote largo.

Cuando entramos en el palco estaba la sala radiante de luz: toda la aristocracia madrileña se hallaba en sus asientos, oyendo asombrada los torrenciales acordes de la música de Wagner. Terminaba el primer acto, y era imposible entendernos: tanto era el ruido.

Pasó el entreacto, y dió comienzo el acto segundo. El ruido era el mismo: imposible comprender aquella música tan nueva como rara.

Ernesto que me tenía cogida una mano entre las suyas, me la apretó dulcemente, é inclinándose hacia mí, murmuró en mi oído:

—Cuanto mas vale la casa.

Le miré sonriendo: comprendió mi mirada, y me dijo:

—Vámonos?...

Y nos fuimos.

MARIA DE LA PAZ.

Aunque la siguiente décima es mas antigua que el gazpachuelo de huevo, como quiera que no hay periódico español que no la haya publicado, por la gran verdad que encierra, nos creemos en el caso de hacer lo mismo y darle cabida en el MÁLAGA para solaz, recreo y profunda meditacion de nuestros lectores.

Allá vá, pues, y valga por lo que valiere.

Seis cosas ha de tener
Quien dichoso quiera ser:
Leña vieja que quemar,
Vino viejo que beber,
Libro viejo en que estudiar,
Hembra jóven que querer,
Potro jóven que montar;
Y la mejor, á mi ver,
Jóven ó vieja, á escoger,
La *plata* que ha de gastar.

SON TAN MALAS?...

Un solteron, enemigo del bello sexo, decia:

—Si cada vez que una muger engaña á un hombre estornudase, nos pasaríamos la vida diciendo:
—Jesus, Maria y José

Pepin.

Á LA SENTIDA MUERTE
DE NUESTRA JÓVEN REINA

No lloreis! Atajad en vuestros ojos
las gotas que en los párpados palpitan
y temblando se agitan
y ruedan silenciosas á encontrarse.
Por qué miráis los fúnebres despojos
atónitos y mudos? La espantosa
imágen de la muerte se os presenta
á la turbada vista, y nadie osa
romper la religiosa
magestad del silencio que rodea
con grandes pompas, el cadáver frío
de una reina infeliz! A qué tal lloro?
Por qué en llorar se emplea
de los amantes pechos el tesoro?
En los dorados techos arrogantes,
en los calados huecos,
testigos de sus mas dulces instantes,
por qué sólo resuenan fríes ecos?
Los mármoles pesados, la columna
firmísima, el bruído pavimento
de jaspe duro, toman movimiento
y las mas ricas piedras, una á una
se salen de su sólido cimiento
y pierden todas su insensible y fría
naturaleza de la roca inerte
que tuvieron un día,
ante el régio despojo de la muerte!
Y por qué ese dolor? Por qué la iberá
grey con ropas de luto se cobija,
y no se regocija?
Cesad en vuestro llanto! Al alta esfera
dó la ardorosa llama
luce, de Aquel que inflama
en virtud santa el generoso pecho,
mover la vista, y ved la casta esposa
trocando el rico lecho,
de oro el cetro y corona pesarosa,
por las alas ligeras del querube,
y el trono real por esplendente nube.

REMO.

28 Junio 1878.

CALINO

Ya conocen Vds. á Calino.
Calino es la concepcion de un escritor francés,
adoptada por todo el mundo.
Calino es el tipo del cándido, del que está muy
cerquita de la tontería, pero que sin embargo, no
llega á ella.
Calino vive lo mismo en las clases mas aristo-
cráticas que en las populares, y tan Calino es el
aristócrata que preguntaba por qué el cañon del
Palais Royal disparaba á las doce del día y no á las
seis de la tarde, que el jardinero aquel que se con-

dolía de que los melones nacieran en matojos, ar-
rastrándose por los suelos, y no en bellos y frondo-
sos árboles, como la demás fruta.

Y ya que conocéis el tipo, debo presentaros á un
amigo mio á quien yo llamo Calino, porque lo me-
rece.

En uno de estos últimos dias nos paseábamos
por el muelle, cuando vimos venir al médico N...
que lo asistió en su última enfermedad.

—No me atrevo á mirarle la cara, me dijo; hace
mucho tiempo que no he estado enfermo, y se abrá
disgustado conmigo.

RALPH.

HISTORIA DE UNAS ERRATAS

Hace muchos años que existía en esta capital una
humilde imprenta, y en la imprenta un viejo cajista
que llegó á adquirir fama por las erratas que desli-
zaba en el texto.

Como el arte tipográfico estaba entonces en Má-
laga naciendo, nadie sabia corregir pruebas, y el
malaconsejado que se decidía á publicar algo, no
tenia mas remedio que pasar por la horca caudina
del achacoso operario, que en compañía de un apren-
diz distribuidor, formaba el gremio entero de su arte
en esta muy noble y heroica ciudad del Tanto Monta.

Ocurrióme por aquel entonces escribir un dra-
ma, y despues de releerlo, corregirlo y copiarlo en
una letra hermosa española, lo llevé á la *Imprenta*,
único nombre del único establecimiento, con lo que
no tengo que decir que mis medidos conceptos ca-
yeron en la jurisdiccion revolucionaria del cajista
ajudido.

Pero mi ignorancia de las cosas de imprenta, por
una parte, y por otra la imprescindible necesidad de
hacer un viaje á Antequera, donde me llamaban
asuntos de familia, y en el cual emplearía dos ó tres
semanas, pues debía permanecer allí cuatro ó cinco
dias cuando menos, me obligaron á confiar á un
amigo la inmediata inspeccion del trabajo.

Mes y medio despues me encontraba de regreso
en Málaga, y ¡oh portentosa brevedad del arte de
Guttemberg! mi drama estaba concluido y á falta so-
lo de las cubiertas y encuadernacion.

¡Qué orgullo!

Recogí un ejemplar y me lo llevé á casa para sa-
borearlo y bañarme en las delicias vanidosas de ver
mis ideas puestas en letras de molde á la curiosidad
y exhibicion públicas.

Me encierro en mi cuarto; miro el ejemplar con
avidéz y...

¡Horror!

El primer renglon es una errata como un ca-
mello.

El nuevo Pilatos, drama en cinco actos.Este no es mi drama: su título era *Pilades*.

Pero sí, es mi drama; mi nombre está aquí...

¿Cómo se le ha escapado á mi amigo un erraton
semejante?

¡Ah! cajista de los demonios! *La escena represen-*

ta un contrabajo... ¡Santo Dios! Con puerta en el forro.

¡Virgen de los desamparados! ¿Qué he escrito yo? Nada, está bien claro; aquí dice: *un cuarto bajo con puerta en el fondo.*

Larra perece en el tocador...

¿Qué demonios es esto?... Aquí me ha puesto *Larra* en lugar de *Laura*, y *perce* en vez de *aparece*. Pues no digo nada con lo que sigue detrás...

Esquina primera, Laura y Estola.

Pase lo de *Estola* por *Estela*, porque al cabo todo es una *o* por una *e...* ¡pero *esquina* en lugar de *escena*!

Es cosa de colgarse un autor.

Está visto, mi cajista estaba escomulgado en la composición de esta página.

Veamos otra.

Abro el drama por donde primero me ocurrió, y al ver en la primera línea: *Mis rivales son machos*, en lugar de *son muchos*, no tuve ánimo para proseguir leyendo aquella plana, y busqué otra.

Aquello era otra cosa: ¡qué corrección! ¡qué esmero! Mi amigo había intervenido allí... ¿Pero qué diablos dice este último verso?

*En este torreón, amada mía,
estaremos seguros contra incendios...*

El original decía *contra ciento*, y en esta palabra consistía á mi modo de ver el éxito del primer acto. Júzguese si me quedaria mortal, al ver una alteración tan monstruosa.

Y así seguía todo el drama, plagado de tantos y tan formidables desatinos, que era imposible leerlo. *Tapones* en vez de *te opones*; *hacer puertas* por *hacer apuestas*; *serrar los palos de la ventana* por *cerrar los pasos de la ventura*; *calderos* y *cirios* en lugar de *caldeos* y *asirios*...

Aquello era una Babilonia, sin contar por supuesto las comas omitidas, los puntos fuera de lugar, las letras vueltas del revés, las líneas mal regleteadas, etc., etc.

Pero lo que mas me indignó fué el final del último acto. Decía así el protagonista al espirar, es decir, en el manuscrito, que en el impreso no había semejante cosa:

*Adios, amigo... el tósigo me dice
que la vida se acaba... ¡Amigo mío!
vén á mis brazos, vén... Muero contento,
porque muero por ti... Sudores fríos
corren ya por mi frente. ¡Ay! ¡qué sudores
tan terribles, gran Dios!... Ese abatido
aspecto que me muestras... ¡Ay! yo muero
y me dan... movimientos... convulsivos.*

El final no podía ser más patético, ni podía retratar mejor la agonía de un envenenado. ¿Y qué es lo que hizo el cajista?

¡Lean ustedes y compadézcanse de mí:

*Adios amigo... el tósigo me dice
que la viuda se acaba... ¡Amigo mío!
vén á mis brazos... vén... Muero con tiento
porque muero por ti... Sudores fríos
corren ya por mi frente... ¡Ay qué asadores
tan terribles, gran Dios! Ese abanico
abierto, que me muestras... ¡Ay yo muero!
y me dan... movimientos... con bolsillos...*

Y para que todo fuera erratas, en vez de caer el telón, fui yo quien cayó desvanecido, pudiendo apenas balbucear una palabra:

¡Asesino!

Fo.

Feliciano tenía un gato hermosísimo, de sonrosado hocico y prolongada cola.

Un vecino le disparó un tiro y lo dejó muerto.

Feliciano lloró su muerte y hace más: jura vengarla; porque Feliciano amaba á su gato como solo aman las almas sensibles.

Pone en casa muchas trampas de coger ratones; pónelas tambien en las casas de sus amigas; recoge gran número de ratones; los mete en un cajón y bien cerrado se lo remite á su vecino.

Abrelo nuestro hombre con gran curiosidad... y de pronto salta y chilla al ver correr por la sala aquella numerosa falange roedora.

En el fondo del cajón habia el siguiente billete:

«Apreciable vecino: como V. se sirvió matar mi gato, le ruego que se sirva encargarse de mis ratones».

PACHON.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

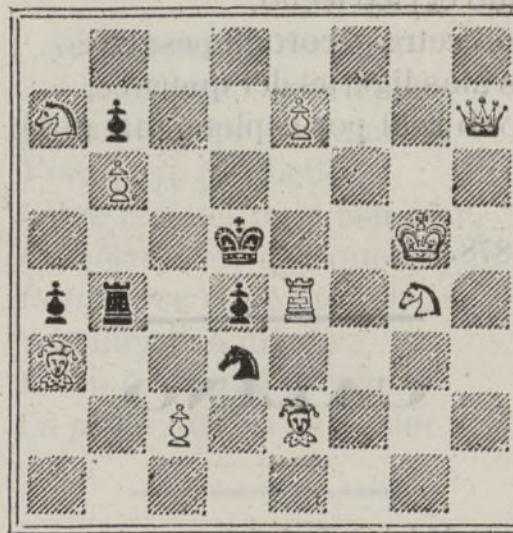
BLASFEMIA.

AJEDRÉZ

Problema número 3.

Por A.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 2.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-A 2 D

1-ad libitum.

2-D, A ó C mate.